

instruccion de la artillería del rajah de los sikhes, lo que Schlimbach aceptó. De esta manera ha sido como el ejército de este Príncipe ha logrado aprovecharse de una invencion que, segun la esperiencia lo ha comprobado, es de la mayor importancia para la guerra.

(G. de M.)

## VARIEDADES.

**PONDERACION ESCANDINAVA.**—¿Quién no recuerda los maravillosos descubrimientos del doctor Obeuma, esa creacion fria, pero original, del humor sueco? El doctor Obeuma habia dado con el arte de conservar los animales y los hombres vivos, pues aun se acordarán todos del caso de la bella jóven á quien logró detener el curso de la vida por un tiempo determinado, y esto sin mas que hacer bajar un tanto la temperatura. Parece sin embargo que los ensayos del doctor han producido despues los mas tristes resultados: no contento con haber obtenido la empresa del gran conjelatorio oficial de los condenados á muerte, se anunció que se habia propuesto helar al ejército durante la paz para ahorrar su manutencion y su gasto; pero los militares se sublevaron á esta nueva. En vano procuró demostrarles que, depositando la mitad de su paga en la caja de ahorros, se encontrarían ricos al despertar de su letargo dentro de 50 años; en vano les mostró una veintena de sobrinos pobres que se habian dejado conjelar esperando la herencia de sus tios: nada de esto les ha seducido, pues quieren vivir de una tirada y con racion á lo que parece. El pobre doctor, perseguido y amenazado por los soldados sublevados, ha tenido que refugiarse á sus ventisqueros, donde al dia siguiente á él mismo se le ha encontrado helado. Como se ignoran los procedimientos que usaba para deshelar sin peligro, la autoridad ha decidido que se deje en este estado hasta que se descubra su secreto ó se invente un medio análogo.

**FIDELIDAD DE UN CRIADO.**—El conde y la condesa de Podotsky se trasladaban en el invierno de 1776 de Viena á Cracovia. Los lobos, de que tanto abundan los montes Carpacios, y que durante los rigurosos frios de la estacion se vuelven mas feroces y atrevidos que de costumbre, bajaron en numerosísimas manadas, y dieron en perseguir el carruaje de los viajeros en el camino que media entre la ciudad de Osweck y la de Zator, distando esta última muy pocas leguas de Cracovia. De los dos sirvientes que les acompañaban, uno se adelantó para que estuviesen listos los tiros de relevo, y el otro, á quien el conde tenia un particular afecto á causa de su fidelidad, viendo que los lobos les alcanzaban, suplicó á su amo que le permitiese abandonar su caballo para que, satisfaciendo con el su rabia, les dejase acabar de llegar á Zator. Accedió á la súplica el conde, subió el doméstico á la testera, y dejó entregado su caballo á los lobos, que al instante se lanzaron á él y lo descuartizaron. Entretanto, adelantábase los viajeros con toda la posible rapidez á la ciudad, á la cual estaban ya inmediatos, pero los caballos estaban ya cansados, y los lobos, cuya ferocidad habia aumentado la sangre que acababan de beber, hallábanse á punto de asaltar el carruaje.

Viendo en tan inminente peligro á sus amos, exclamó el criado: "No hay sino un medio de salvacion, y es el de que yo me entregue á los lobos, lo cual haré con tal que VV. me ofrezcan que tomarán ba-

jo su amparo y alimentarán á mi mujer y á mis hijos; en una palabra, mi amo, con tal que les sirva V. de padre. Sé que voy á morir, pero en tanto que las fieras me devoran podrán VV. salvarse." Podotsky vaciló en acceder á esta peticion, pero no le quedaba otro recurso. Se prestó pues, jurando que ya que su criado se sacrificaba por su conservacion, cuidaria incesantemente del bienestar de su familia. Bajó inmediatamente el criado, y adelantóse hácia los lobos, de los cuales fue victima. El conde entró por las puertas de Zator sano y salvo, y cumplió religiosamente con la palabra que habia dado á su criado, dechado y victima de fidelidad.

**UNA ESTAFA.**—Se repiten, á pesar de la policia, los robos en Paris. *La Gaceta de los Tribunales* refiere una estafa delicadamente urdida, que vamos á dar á conocer á nuestros lectores.

Una linda jóven, vestida con una coquetería y una elegancia seductora, se presentó en la tienda de un rico joyero del Palais Royal para elegir un aderezo de boda. En su libro de memorias, que dejó al descuido sobre el mostrador, estaban incrustadas sobre concha unas iniciales coronadas; y el nombre de su querido papá, que dejó escapar (por indiscrecion tal vez) era el de un alto personaje político. El diamantista, que otras veces habia vendido con usura lo mas escogido de sus joyas á los individuos de la familia de la linda jóven, se apresuró á enseñarla todo lo mas elegante y costoso de su almacén.

Pero la niña no queria escenderse, y se contentó con un aderezo de brillantes, que valia 4,000 francos. Sacó despues del ajuste la bella compradora un bolsillo bordado de oro, abrió sus esmaltados anillos, y estrajo algunos luises envueltos en billetes de banco; pero de pronto cambió de plan, y suplicó al comerciante que le enviase á su casa las joyas para que mamá escogiese.

Al dia siguiente un comisionista que llevaba la caja con los diamantes fue recibido en un cuarto amueblado con un lujo oriental, y la señorita le suplicó que le dispensase no presentarle á su madre que estaba algo indispueta, y tomó la cajita para que le examinase la enferma.

Accedió con finura el mancebo, entró en el gabinete la jóven, y á poco se oyó su argentina voz que decia respetuosamente: ¿Os parece bien, mamá? Pasó un momento como si las joyas sufriesen una delicada inspeccion, y despues... un cuarto de hora y... luego una hora y otra. El comerciante entonces preguntó en el *hotel*, y le dijeron que la señorita N..., por quien se interesaba, hacia dos horas y media que habia salido en posta para Lyon, como tenia anunciado á sus amigos. Despues se ha averiguado que la señorita N. era una traviesa *griseta* muy conocida por sus elegantes estafas.

**HUNDIMIENTO.**—De Meaux (Francia) escriben con fecha 4 de Abril:

Ayer sucedió un acontecimiento deplorable en el subterráneo de Courcelles, cerca de Lusancy, en uno de los talleres del camino de hierro de Paris á Strasbourg. La galería del subterráneo, que se habia adelantado ya á 200 metros, se hundió en la parte mas cercana al fondo: inmediatamente se pasó lista, y hallándose faltar 19 trabajadores, se hicieron varias tentativas infructuosas hasta que se descubrió un canalizo que por fortuna, como habia sido cubierto de planchas de hierro para dar salida á las aguas, el hundimiento no le habia cegado.

## FOLLETIN.

### RECUERDOS DE UN VIAJE EN CORCEGA.

Atravesaba yo á la entrada de la noche, con un cielo cubierto de nubes las peligrosas gargantas que desde San Fiorenza conducen á Bastia. Al emprender el viaje me contenté con tomar únicamente las noticias que me parecieron suficientes acerca del camino que debia recorrer; pero aguijoneado á cada instante por la curiosidad, di algunos rodeos, y cuando llegué á la meseta de la roca mas elevada, en vez de descubrir la ciudad, y mas allá el mar, vi que mediaba entre el mar y yo el Golo corriendo mansamente por las llanuras, y á mi derecha el noble pico de San Martino con sus rocas tajadas, sus torrentes y horribles precipicios.

El viento del Norte atravesando el golfo de Jénova, heria mi semblante con violencia, y por intervalos gruesas gotas de agua me anunciaban la proximidad del aguacero. En vano buscaba con la vista una luz cualquiera; ora fuese el fuego de una caberna de bandidos, ó bien la antorcha de una reunion de hadas: todo era en vano, pues nada mas veia que la llanura á mis pies, y á derecha é izquierda rocas cortadas á pico, y crestas de montañas dentelladas parecidas á la espina dorsal del Tiburon. Menudeaban las ráfagas del viento, el relámpago hendía la nube y yo continuaba la marcha temblando de frio, y dando al diablo las montañas de la Córcega y mi intempestivo deseo de atravesarlas.

Mientras procuraba encontrar el camino de Bastia, creí oír detras de mí un rumor de pasos que me obligó á volver la cabeza, pero no distinguí á nadie. A poco interrumpió el silencio que reinaba en aquellas soledades la delicada voz de una mujer, entonando una cancion triste y lastimera. Aquel canto desconocido á semejante hora de la noche y en medio de las rocas que despedían por intervalos un eco débil muy semejante á un gemido, me pareció tan extraño y fantástico, que no pude dejar de experimentar cierto terror que en breve se dispó con

la aparicion de la que tan sin cuidado se burlaba de la oscuridad y del rigor del tiempo. No distinguia bien su rostro ni sus vestiduras; pero me pareció que sus cabellos, empapados por la lluvia, caian en desorden sobre sus hombros, y que sus brazos y piernas estaban desnudos.

Dirijióse hácia mí con visibles muestras de proseguir su marcha, mas resuelto á no dejar pasar la ocasion que la Providencia me deparaba, acerqueme á ella y la dije:

—¿Adonde vais jóven?

Detúvose al oirme, y respondió:

—No lo sé; ¿y vos?—A Bastia.

Observé que este nombre habia llamado su atencion: le repetí por tres ó cuatro veces, y despues dije:

—No llegareis á Bastia esta noche.

Despues reflexionó por un instante, y añadió:

—¿Adonde pensais dormir esta noche?

—En el primer hueco que me presenten estas malditas encrucijadas, contesté, á no ser que vos me indiqueis donde puedo proporcionarme un mejor albergue.

La jóven murmuró algunas palabras ininteligibles, estuvo mirando por espacio de un segundo en derredor suyo, y diciéndome que la siguiese, comenzó á andar con tanta rapidez, que en la media hora que fui tras de ella sentí mas cansancio que habia experimentado en todo el camino. A poco rato llegamos á una de las macetas bajas de la cadena de montañas, cercada por todos lados de rocas cortadas á pico, desde la cual, y á través de un grupo de árboles, divisé una claridad que por intervalos aparecia y se ocultaba entre el follaje. Era en efecto una luz que despedía su trémulo reflejo por la ventana de una casa. Reanimado con la perspectiva de encontrar donde pasar la noche á cubierto de la intemperie, y de descansar sobre un poco de paja, volví el rostro para dar las gracias á mi bienhechora... pero habia desaparecido. La llamé repetidas veces, mas todo fue inútil; y no queriendo detenerme por mas tiempo en aquel paraje, me dirijí hácia el punto donde brillaba la luz, distante de allí unos cien pasos hasta llegar